

Erik Assadourian

“La educación ecosocial es más importante que las asignaturas de lengua o matemáticas”

Erik Assadourian es investigador sénior en *The Worldwatch Institute*, la institución fundada en 1974 por Lester Brown con sede en Washington D.C. y dedicada a investigar y divulgar cuestiones de sostenibilidad en el mundo. Assadourian ha coordinado en 2017 el influyente informe “La Situación del Mundo” (*State of the World*) que se publica desde 1984.

El pasado mes de octubre, tuvimos la ocasión de entrevistarlo durante la presentación de la edición castellana del informe en la Universidad Pontificia Comillas ICAI-ICADE. Con el título *Educación ecosocial: Cómo educar frente a la crisis ecológica*, analiza el reto el informe analiza que los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) aprobados por la ONU en 2015 plantean en todos los ámbitos educativos¹.



* * * *

¹ Esta entrevista es fruto de la transcripción del diálogo con Erik Assadourian en la Universidad Pontificia Comillas ICAI-ICADE. Ha sido traducida al castellano y editada por Juan Manuel Daganzo y Jaime Tatay utilizando también los artículos del autor: “EarthEd: Rethinking Education on a Changing Planet” y “The Future of Education: A Glimpse from 2030”. Cf. E. ASSADOURIAN, (ed.), *EarthEd: Rethinking Education on a Changing Planet*, Island Press, Washington D. C. 2017, 3-22; 303-312.

PREGUNTA (P): Erik, muchas gracias por acercarnos el resultado de esta importante investigación. En el informe se utiliza un concepto clave, la ecoalfabetización: ¿Cómo lo definirías?

RESPUESTA (R): La base de la ecoalfabetización consiste en reconocer que estamos estrechamente relacionados con la Tierra y si esa base desaparece, todo se viene abajo. Somos absolutamente interdependientes. Lo que tratamos de señalar en el libro son los principios de una educación ecosocial.

P: ¿Qué es la *educación ecosocial*?

R.: Es un proceso intelectual y emocional para tomar conciencia de nuestra dependencia con la Tierra. En él se combinan la educación para la resiliencia y para la sostenibilidad. Puesto que no hay tiempo suficiente en un día para enseñar al mundo todas las materias, en el contexto actual, hay que seleccionar bien aquellas asignaturas y temas que más tengan que ver con la sostenibilidad y la resiliencia.

P: ¿Podrías describir un poco más lo que significa “intelectual” y “emocional” en el contexto educativo?

R.: Se puede enseñar cognitivamente que los océanos, los bosques tropicales que proporcionan

oxígeno y los recursos naturales en general son vitales. Eso está muy bien. Pero, además, se puede complementar con una educación “en” la naturaleza. Sacar a los niños a la naturaleza y unirles emocionalmente con ella. Enseñarles que no somos la culminación de la evolución. Mostrarles habilidades como hacer fuego, mientras les explicamos que somos una especie más, pero con la capacidad de ir más allá y planificar y pensar la manera en que podemos vivir colaborando con el planeta. Aquí es donde la dimensión intelectual y emocional conectan con la responsabilidad y la ética.

P: Y, ¿cuáles son los contenidos de lo que denomináis un *currículo ecosocial*?

R. La educación ecosocial es más importante que la asignatura de lengua. Las matemáticas son importantes, la literatura es importante, etc. No hay que eliminarlas. Pero si no entendemos nuestra dependencia con el planeta, ¿para qué servirán las matemáticas y la lengua? En el peor de los casos, servirán para lo que sirven ahora, para construir una sociedad de consumo que rompe nuestros lazos de pertenencia con el sistema del que dependemos. Todo tiene que ir dirigido a mostrarnos cómo vivir en equilibrio con el planeta.

P.: Esta tarea que propones, ¿es solo una responsabilidad de colegios y universidades, o todos podemos hacer algo desde nuestro propio lugar de trabajo, con nuestra familia y grupo de amigos?

R.: Yo tengo un hijo de cinco años y cuando aparecen noticias de guerras o asesinatos apago la tele o la radio porque es algo que no necesita escuchar a esta edad. Pero sé las consecuencias positivas que tiene sobre él una conversación constructiva sobre estos temas. Yo le estoy exponiendo ya a asuntos como el cambio climático. Él ya entiende que los árboles capturan CO₂ y liberan oxígeno. No hay que aislarles de la realidad, pero sí darles herramientas de pensamiento crítico (*critical thinking skills*) para separar lo bueno de lo malo. Hay contradicciones muy evidentes entre lo que se les quiere enseñar y lo que ven: que no se alcanzan acuerdos vinculantes sobre el clima, por ejemplo, o que nosotros mismos somos incoherentes entre lo que decimos y hacemos.

P.: Respecto al cambio climático, ¿le embarga el pesimismo o simplemente lo acepta como inevitable?

R.: Trump nos está dando la oportunidad de movilizarnos y reactivar a la gente sobre el tema del

cambio climático. No soy pesimista, pero sí soy realista. Efectivamente, hay algo de inevitable. Somos 7.500 millones de habitantes. Vivimos muy lejos de las posibilidades que tiene el planeta para albergarnos y sostenernos. Y no solo crece la población, sino sus necesidades. Se destinan 600 millones de dólares al año en *marketing* animándonos a consumir, un factor añadido, exponencial, a la degradación medioambiental.

P.: ¿Hay algo que todavía podamos hacer?

R.: Si estuviera hablando hace cuarenta años tendría un mensaje muy diferente: “Si empezamos a actuar ahora habrá una transición fácil hacia la sostenibilidad”. Pero hoy en día hemos tenido un crecimiento demasiado rápido y necesitamos un decrecimiento. Y esto es complicado de vender políticamente. Durante mis dieciséis años en el *Worldwatch Institute* me he dado cuenta de que centrarse solo en la sostenibilidad no es realista, sino que hay que trabajar con la resiliencia, es decir, en cómo actuar frente a los cada vez mayores shocks que acompañan al cambio climático. Lo ocurrido con el huracán en Puerto Rico es un perfecto ejemplo de reducción del crecimiento económico, de austeridad forzada y de desastre social.

P.: ¿Va a ser algo cada vez más normal lo sucedido en el Caribe?

R.: Una y otra vez vamos a tener que enfrentarnos a situaciones extremas de este tipo: más gente desplazada, más episodios violentos del clima, etc. Por eso la educación se convierte en una parte integral del modo como vamos a relacionarnos con el futuro.

P.: ¿Y eso supondrá un cambio también en nuestros modos de pensar y actuar?

R.: Por supuesto. Ya no podemos pensar que basta con enseñar a nuestros hijos las tres Rs: recicla, reduce y reutiliza. Necesitan ser líderes valientes de la sostenibilidad, tratando de comprar tiempo para hacer la transición inevitable de modo menos traumático, con menos sufrimiento. Tenemos que aceptar lo que nos aguarda en el futuro: el deshielo de los polos, el crecimiento de tres metros del nivel del mar, otro metro o dos a consecuencia de la expansión térmica, lo que significa la desaparición de ciertas partes del mundo y más concentración de gente con más retos a los que enfrentarse.

P.: ¿Y cómo podemos adaptarnos a algo así?

R.: Necesitamos enseñar a nuestros hijos a ser resilientes, a tener la capacidad de afrontar conflic-

tos, a desarrollar el aprendizaje socio-emocional (*social emotional learning*). Y también a recuperar habilidades básicas que no suelen enseñarse ya, como la economía doméstica (*home economics*). Tenemos que entrenarles para los empleos del futuro, no basados únicamente en el consumo, sino en la agricultura o en la energía renovable. Es una transformación total de la educación.

P.: La transformación educativa a la que te refieres, ¿dependerá de gobiernos capaces de diseñar nuevos sistemas educativos o, más bien, de movimientos de la sociedad civil? ¿Será de arriba abajo o de abajo a arriba?

R.: La respuesta es ambas. No hay nada de lo que se describe en el libro que exista en la actualidad tal cual, pero sí que existen pinceladas de todo ello. Respecto a la "educación para la naturaleza", por ejemplo, está presente ya en miles de colegios de preescolar en Alemania y eso es un proceso promovido por el Gobierno. En los EE.UU. hay muy pocas ahora, pero hay mucha energía que viene "de abajo a arriba", de grupos preocupados por el medioambiente que han creado guarderías orientadas hacia la naturaleza, organizadas por los padres para los niños de la localidad. También hay un esfuerzo por parte de los profesores en

muchas ciudades para hacer parques en sus propios colegios. Este es un modo de hacer presión de abajo a arriba. Cada vez más colegios están creando esta demanda, presionando a los gobiernos para incorporar esta clase de educación.

P.: En el libro se habla de una “pirámide educacional”, ¿en qué consiste y qué relación tiene con la educación *ecosocial*?

R.: Vivimos en un mundo que tendrá cada vez menos recursos, porque la población crece, y hay una mayor degradación medioambiental. Así que la base de esta pirámide es la dependencia con la Tierra (*Earth dependence*), lo que nos obliga a una mejor convivencia con el entorno y entre nosotros. Esto ya se enseña en algunos colegios de Latinoamérica. Por ejemplo, hay programas educativos en torno a la democracia y la participación, con gran interés por introducir la ética y la educación moral. Conceptos como que todos somos diferentes pero iguales a la hora de optar por un empleo, conforman una pirámide que se apoya sobre la base de la dependencia con la Tierra.

P.: ¿Y qué más elementos se incorporan en esa pirámide?

R.: En primer lugar, la creatividad. Ser creativo es esencial incluso en

la forma en la que jugamos. Esta destreza es clave para adelantarse al futuro. Nos da más habilidades para adaptarse a la novedad, a los retos a los que nos enfrentamos y a buscar soluciones a esos retos. El aprendizaje profundo (*deep learning*) es otro elemento. Es una habilidad para aprender cómo aprender, para aprender de modo colaborativo, para pensar de manera sistémica sobre la crisis global. A los niños no les enseñan habilidades básicas (*basic skills*), como cocinar, preparar la comida o cultivarla. Estas son habilidades que hemos desarrollado y utilizado desde el principio de la historia humana, que incrementarían nuestra resiliencia y nuestra habilidad para adaptarnos. Son habilidades básicas de supervivencia (*basic survival skills*).

P.: En el libro mencionas también la interdependencia, ¿en qué se distingue este principio de la dependencia con la Tierra que estableces como base de la pirámide?

R.: Dado que muchos de los retos del futuro se centrarán en la distribución equitativa de unos recursos y unos servicios ecosistémicos crecientemente limitados, la educación debe cultivar una comprensión profunda de nuestra interdependencia con todos los seres humanos, más allá de su cultura,

credo, raza, género u orientación sexual. La interdependencia puede enseñarse de mil maneras.

P.: ¿Por ejemplo?

R.: Lo más importante es la educación del carácter. Hay un gran valor en enseñar a los niños activamente a ser buenas personas: humildes, colaboradores, amables, justos y, sobre todo, conscientes de que tienen obligaciones morales hacia los demás, incluyendo las futuras generaciones, otras especies e incluso la Tierra en sí misma. La destrezas emocionales y sociales también son clave: la habilidad de reconocer, comprender y actuar de modo constructivo con las emociones de los otros. Por último, otra parte importante de la interdependencia es la capacidad de vivir juntos pacíficamente, respetándose.

P.: En el pico de la pirámide está el “liderazgo centrado en la Tierra” (*Earth-centric leadership*), ¿qué significa esa expresión?

R.: Es la plena actualización de la educación, el empoderamiento de los estudiantes para ser “ciudadanos reverentes de la Tierra” (*reverent Earth citizens*). Si uno se centra en enseñar todo lo anterior, para aprender a construir una sociedad más sostenible y crear un sistema más resiliente —cuando la econo-

mía de consumo se desmorone— crearemos líderes centrados en la Tierra. En buena medida, este tipo de liderazgo emergerá por sí mismo al enseñarse los principios y habilidades antes mencionadas. Muchas de estas experiencias dependen de la inspiración de un profesor que lo hace de motu proprio, más allá de sus atribuciones educativas.

P.: ¿Qué otras experiencias *ecosociales* existen en la educación?

R.: Se pueden globalizar las experiencias educativas. Profesores que sacan a los alumnos al exterior para involucrarse en proyectos reales de la vida real en lugar de focalizarse en animales remotos como el oso panda. Hay una historia que recogemos en el libro. En un lago cercano a un colegio había una especie de gamba en peligro de extinción. Los alumnos y los profesores trabajaron con empresarios locales y con autoridades locales de la ciudad, desarrollando las habilidades para negociar y debatir, aprendiendo al mismo tiempo sobre el funcionamiento del ecosistema. La iniciativa se transformó en una experiencia real de restauración de la cuenca hidrográfica. El proyecto creció desde algo muy pequeño y con él siguen cientos de estudiantes cada año y se ha replicado en otros lugares. ■